





  
LETRA X LETRA  
~RELATOS~



# Álbum de pegados

Paloma Pérez Sastre



Pérez Sastre, Paloma, 1956-

Álbum de pegados / Paloma Pérez Sastre ; prólogo Luz Mary Giraldo – Medellín :  
Editorial EAFIT, 2024

99 p. ; 14 cm. ; il. -- (Letra x Letra. Relatos).

ISBN: 978-958-720-884-9

ISBN: 978-958-720-885-6 (versión EPUB)

1. Pérez Sastre, Paloma, 1956- . 2. Cuento colombiano – Siglo XX. I.  
Giraldo, Luz Mary, pról. II. Tít. III. Serie.

C863 cd 23 ed.

P438

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

## *Álbum de pegados*

Primera edición: marzo de 2024

© Paloma Pérez Sastre

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur – 50. Medellín, Antioquia

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: [obraseditorial@eafit.edu.co](mailto:obraseditorial@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-884-9

ISBN: 978-958-720-885-6 (versión EPUB)

Diseño y diagramación: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Imagen de carátula: Jenny Giraldo

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Editado en Medellín, Colombia



---

## Contenido

Presentación .....	13
Caminada por las calles de Piedras .....	19
Al amor de una plazuela .....	23
La bola .....	29
Lisboa a trazos .....	31
Sal en Oporto .....	39
Al colegio .....	45
Desenfocado .....	53
Fluido joven .....	55
Amor gato .....	59
Navidad en la UCI .....	63

Biota .....	67
De luto .....	69
Nefertiti .....	75
La muerte y las cosas .....	81
Primeros días en la colmena .....	83
La casa .....	89
Reclusión 2020 .....	93
Torpeza .....	97
Vigilia y sueño .....	99
Mujeres solas .....	101



Álbum  
de pegados



Para Alicia, Federico y mis Marías





## Presentación

En otros tiempos se hacían álbumes con recortes de imágenes, poemas, oraciones, registros, textos de diversa índole, pegados sobre cuadernos o libros en desuso, como una manera de destacar o no dejar en el olvido determinados gustos personales o recuerdos de la existencia. Una especie de colcha de retazos fijados en el papel. Un caleidoscopio con diferentes elementos expuestos a la mirada, indudablemente contienen una importante carga emocional. Paloma Pérez retoma esa antigua idea y pone a andar la memoria por diferentes momentos y diversos territorios, como una forma de tener presente el pasado y de fijarlo en la sugerencia poética.

Como indica su título, *Álbum de pegados* alude a fragmentos que, en este caso, incluye hechos o cosas destacables en la vida de la autora. Son sugestivas crónicas que narran imágenes de recorridos, situaciones y experiencias personales, en las que la observación de la realidad y de circunstancias vividas, se matizan con las potencialidades que otorga la palabra abocada a la existencia y a la mirada del mundo y de la realidad. Y es que Paloma Pérez se apropia del género y lo cultiva con tal capacidad poética y fuerza narrativa que, próxima al cuento, narra breves episodios, abre los ojos para mirar y hacer ver sucesos y escenas, a la vez que reflexiona

sobre pequeñas y grandes cosas de la vida, apelando al lenguaje de la imaginación lírica y a lo que los hechos mismos suscitan. Son, indudablemente, crónicas que, al mostrar momentos y emociones de su biografía, resultan similares o comunes a todos.

Imperceptiblemente, el presente apela al pasado que va tejiendo en el instante de la escritura y de la lectura, no a manera de evocación o remembranza, sino como unas vivencias que en ese proceso narrativo se va dando como conciencia de lo que significa o ha significado el cotidiano vivir o el encuentro con lugares o experiencias nuevas. Lo expresado surge, definitivamente, de lo más profundo de su interioridad y como condición autobiográfica. No se trata solamente del narrador que observa lo que sucede en las calles o recuerda vehículos del pasado hoy inexistentes; el que se encanta como turista o viajero en otros países; el que mira las ballenas, o el que simplemente ve las travesías de un gato o lo que sus movimientos y acciones sugieren, o el que se refiere a las rutinas durante el confinamiento en tiempos de pandemia, en fin, tantos otros temas, sino del narrador que ahonda con sutileza en las sorpresas o los extrañamientos de la vida.

En estas crónicas se ve pasar la vida aquí y allá, su tránsito por lo más elemental o lo más complejo; personajes o escenarios descubiertos en alguna inesperada iluminación; encuentros permanentes o transitorios; ciudades que hablan con sus colores y calles, con su clima o sus ríos, con la atmósfera, con la comida misma; calles, terrazas, viajeros; el tiempo cuando de repetitivo se apelmaza; la casa que es todos los días; itinerarios de la infancia y del recuerdo; un gato-sombra; la sabiduría de la infancia en una niña que ayuda a rescatar el asombro y el prodigio. Se atraviesa la historia como a la ciudad propia, o como quien va de viaje y en la travesía descubre lo perdido o lo ganado.

El presente trae el pasado lejano o cercano. Sin embargo, a pesar del valor de la memoria, no son relatos evocativos, sino relatos de la vida narrados en presente y desde la mirada. Si al leerlos se los vive, al escribirlos se los revive, seguramente. Son, pues, experiencias vitales en el más profundo sentido de la palabra. Al leer el

conjunto, es como si se soltara poco a poco el hilo de una cometa que el viento va elevando. Y mientras se eleva crece la carga de emoción y de asombro.

En *Álbum de pegados* no estamos solamente leyendo unas crónicas, sino que estamos viviendo instancias de vida, gozando lo prodigioso, lo preocupante, lo que de repente llama a los sentidos. Cobran valor en este entrecruce los lugares a diario recorridos, las calles y edificios emblemáticos, los personajes que pertenecen a lo rutinario y muchas veces nunca han sido verdaderamente vistos, los sitios descubiertos, es decir los temas tratados, pues con hondura imponen a los ojos y otra forma de mirada, reflexión y conocimiento. Y hay algo más: nos regresa a lo que podemos llamar la sabiduría de la inocencia, gracias al lenguaje y el pensamiento de los niños, en este caso desde Alicia, su nieta. Con ella, y desde ella, entendemos qué significa la naturaleza del lenguaje universal de la sonrisa que despierta la emoción del asombro.

Luz Mary Giraldo





Lavanda





## Caminada por las calles de Piedras

*No dejaremos de explorar y al final de nuestra búsqueda  
llegaremos a donde empezamos,  
y conoceremos por primera vez el lugar.*

T. S. Elliot

Le sorprende que se oigan tan pocos pájaros estando tan cerca del morro de El Salvador; solo un sinsonte enjaulado en la vecindad y uno que otro piar lejano y disperso. Y, por la tarde, algunos pericos bulliciosos camino a su multitudinaria concentración vespertina en un guadual del río Piedras. Piedras se llamó Jericó hasta 1852. Desde el patio, en la madrugada, la emocionan los arboles anaranjados encima del morro, acompañados por un delgado cacho de luna.

En su primera caminata del día, se une a la corriente de niños con uniforme y mochila que van apareciendo en las puertas que se abren en forma escalonada. Va con ellos hasta la escuela del sector de la bomba y sigue caminando por la carretera que conduce a Palocabildo. Más adelante tomará una chiva. Se está volviendo adicta a los paisajes y La Soledad ofrece la vista más amplia y sobrecogedora del valle del Cauca.

Por la tarde, espera a quedarse sola para hacer a escondidas un viaje de cinco cuadras que tiene pendiente. Va hacia el Centro de Historia. A unos pasos de la casa, toma la izquierda y desemboca en la carrera Cuarta. Una señora teje croché en la acera y un hombre joven lava su moto. Adelante, media cuadra a la derecha, observa *cienescalas*, una vía de escalones grandes de piedra agarrados a la ladera con faroles en el centro, donde los turistas se hacen fotos. Las ha contado y recorrido hacia arriba y hacia abajo muchas veces. Por ahí se llega al jardín botánico. A las tres el sol pega fuerte, pero siembre los aleros proveen sombra y resguardan de la lluvia. Sigue caminando despacio y recto; pasa la calle de los poetas y, casi en el parque, se encuentra a la derecha con *ochentaescalas*, similares a las *cien*, con faroles en el centro, pero con peldaños más cortos; caprichos de la montaña. Los lugareños esquivan subir escaleras y prefieren hacer el rodeo por la calle siete.

En el parque Reyes la vía se vuelve peatonal y toma el nombre de La terraza, una especie de bulevar con restaurantes, bares y cafés con vista panorámica al parque. La atraviesa recordando las caminadas por Junín cuando estudiaba en un colegio del centro. La gente la mira. Siempre que pasa por ahí, siente las miradas encima; supone que cualquier extraño es novedad. Nació aquí, les dice mentalmente sin convicción; aquí estoy con mi cuerpo y voy caminando hacia el Centro de Historia. Nadie lee palabras en sus ojos, y las miradas vuelven al café o al vacío del parque. Termina de recorrer La Terraza y cruza la calle Siete. A su izquierda, en el atrio, un corrillo rodea un ataúd y se dispone a iniciar el cortejo, mientras las campanas cantan el duelo. Al frente, en un costado, se alinean los buses que van para Tarso, Pueblo Rico, Fredonia y Medellín.

No la impulsa una idea romántica o nostálgica de la vida rural y no sueña con pasar la vejez en el pueblo; le gustan la ciudad, el anonimato, las novedades. Desconoce qué le pide a este lugar, el deseo no ha sido formulado. En momentos de ruptura e incertidumbre buscó ese aire fresco y transparente, esa mezcla de convento, paisaje y cantina, donde todo el tiempo suenan las campanas de la iglesia. Nació aquí por azar, pero no es de aquí; no pertenece. A sus treinta, caminó por sus calles la primera vez. Hasta entonces, Jericó fue solo una palabra omitida en sus papeles de identidad, una referencia

geográfica, el escenario de una historia triste. Cuando publicó su libro hizo que apareciera en la solapa como lugar de nacimiento y sintió que se desnudaba. A partir de entonces, algunos empezaron a considerarla de los suyos y las visitas se incrementaron.

Los viajeros revelan los secretos de su alma. Sabe que no regresa, ni llega para quedarse; simplemente, llega cada vez. Siente su origen como una masa incómoda que debe poner en algún lugar, cocinarla o incendiarla, y abonar un rosal con las cenizas. Ha leído en Virginia Woolf que solo cuando nos volvemos hacia el pasado, y tomamos de él el temperamento de incertidumbre, podemos disfrutar una paz perfecta. Eso es, basta un gesto: tomar con la pinza de dos yemas de los dedos y sacar esa sustancia parecida al miedo y a la culpa roedora.

En la misma carrera Cuarta, donde empezó su viaje, con calle Novena, está el Centro de Historia. Una casona republicana luminosa y aireada con zaguán y sótano, sobre cuyo techo se ve la torre de la catedral de Nuestra Señora de las Mercedes proyectada en un cielo azul fuerte. El zaguán da a una segunda puerta ancha de dos alas. Al lado de la cuerda de la campanita, hay un letrero que les pide a los turistas dejar propina. Tardan en abrir; mientras tanto, ella, un poco nerviosa y sin saber qué va a decir, cómo abordar un asunto tan personal, husmea por entre el calado y reconoce las salas grandes repletas de libros, ahora concurridas por un grupo de colegiales, en las que otras veces ha trabajado en cuestiones universitarias. Sale una señora, la atiende con desgano y le franquea la entrada. Dice que es investigadora y consigue entrar. La archivista la mira extrañada ante la pregunta por los registros del hospital. No existe tal información, solo tenemos los papeles de la alcaldía, dice señalando una gran estantería llena de volúmenes encuadernados en cuero crudo, y la deja sola en la estancia.

Cuando uno de sus más queridos discípulos, un poeta, vino al pueblo a trabajar como médico rural, le pidió que buscara en el hospital el registro de su nacimiento. La respuesta del chico: “Busca en el Centro de Historia”, le produjo risa; pero no era broma, en el hospital no había registros tan viejos. ¿A qué hora se le había ocurrido tal extravagancia? Ahí estaba perpleja en medio de un montón de archivos, ¿y qué? ¿Qué más daría si hubiera encontrado un renglón

con la fecha y la hora de su nacimiento escritos a mano? Tal vez, solo los nombres de su mamá y el médico. No diría que la luz se fue en el momento del alumbramiento y que hubo que encender una vela, ni que el doctor dio pocas esperanzas de vida a la criatura y decidió bautizarla. Tampoco hablaría de la depresión de la madre que había rodado por las escaleras del convento donde se refugiaba, y sufrido amnesia temporal. Esa historia ella ya la sabía, ¿para qué quería más datos? ¿No es ya ese relato una bella historia de ficción?

Al atardecer tiene una cita en el morro con Jota, el cazador de lagartos, el artista poseedor del secreto para sacar con un cincel lagartijas y saurios de las piedras del río. Sentados, miran fascinados cómo el pueblo se va encendiendo y sus calles van tomando un color fuego que se extiende como lava por todas las calles, desde el cementerio hasta El Faro. Jota acaba de llegar de inaugurar una exposición en Bogotá y le cuenta que se escapó unos días para cumplir su postergada cita con las esculturas de San Agustín; había saltado por encima de las vallas que protegen los ídolos de piedra y se había abrazado a ellos. Sentí una certeza de lo que estoy haciendo, dice reforzando las palabras excitadas con los gestos envolventes de sus manos. Ella advierte el sutil paralelismo y se cubre del primer frío de la noche con la emoción. Te traje un regalo, anuncia; saca de su bolsa una hoja de papel, y los dos se disponen a leer el poema de Tomas Tranströmer:

*Las piedras*

*Oigo caer las piedras que arrojamos, transparentes como cristal a través de los años. En el valle vuela la confusión de los actos del instante, vociferantes, de copa en copa de los árboles, se callan en un aire más tenue para el presente, se deslizan como golondrinas desde una cima a otra de las montañas, hasta alcanzar las mesetas ulteriores, junto a las fronteras del ser. Allí caen todas nuestras acciones claras como el cristal no hacia otro fondo que el de nosotros mismos.*

*Revista Universidad de Antioquia, No. 322.  
Octubre-diciembre de 2015*